

LA TERCERA VÍA

Se acerca la celebración de la famosa cumbre del G-20, en la que se nos ha prometido nada menos que la nueva refundación del capitalismo, y que tantos avatares y logros diplomáticos ha supuesto. Parece pretenciosa la apuesta que estos días se escenifica tras la crisis mundial. No sabemos quien será el nuevo **Adam Smith** del siglo XXI, el nuevo padre de la economía política de las generaciones venideras, ni bajo qué directrices se reeditará la obra “La riqueza de las naciones” que en el siglo XVIII teorizara la fuerza del trabajo y el liberalismo económico, como clave del bienestar social.

Superado el materialismo marxista, con el control absoluto del Estado y el intervencionismo asfixiante de lo público en todos los sectores de la economía, el pensamiento y la sociedad en general, que se llevó adelante hasta sus últimas consecuencias en las dictaduras más allá del telón de acero; el liberalismo ortodoxo no ha tardado mucho en seguirle los pasos y sucumbir por su propia capacidad autodestructiva y fagocitadora, y que ha llevado a grandes riquezas, a costa de grandes desigualdades en el mundo.

Quizás, como en otros aspectos de la vida, ahora que todos buscan el centro político, también exista un centro económico donde se encuentre la virtud. Una tercera vía, equidistante de intervencionismos totalitarios, o de liberalismos ciegos a ultranza. Parece que todos convenimos en facilitar las propias y libres dinámicas de los mercados en la creación de riqueza, pero dentro de una ordenación y normativa que permita una sostenibilidad de los sistemas, conjugada con un reparto razonable de la riqueza que lleve a cotas de protección de la población, a la vez que mantenga criterios de competencia y expansión. A modo de ejemplo, predicán **Lula y Berlusconi** un nuevo capitalismo menos especulativo, más reglado, es decir, intervenido por el Estado. China por su parte, conjuga una planificación férrea estatal, junto con un aperturismo económico al exterior que le está permitiendo un notable crecimiento, pese a los agujeros negros en materia de libertades y derechos humanos. Habrá que estar atentos a la evolución de la cumbre y sus consecuencias, pero a priori parece que dados los ingentes intereses en conflicto, más que refundar nada, se trata de retocar algunos aspectos disonantes de un sistema que al 80 % de la población mundial, le resulta deficitario, ¿qué voz tendrán estos en el G-20?. Esperemos que no sea una nueva ocasión perdida.

Francisco García-Calabrés Cobo

